

III. La Teoría de la Razón

de Francisco Miró Quesada Cantuarias



Por Carlos Fernández Sessarego

Francisco Miró Quesada Cantuarias es doctor en Filosofía y doctor en Matemáticas. Es decir, en aquellas disciplinas consideradas como las más exigentes en el uso de la razón y en la persecución de la verdad. Además, es bachiller en Derecho, lo que complementa su equilibrada visión del mundo.

Es un intelectual polifacético. Pero, mejor aún, es un filósofo profesional. Como decía Merleau-Ponty, adquiere este calificativo aquel que ha hecho de la filosofía un modo de vida, o sea, a quien la pasión se le ha convertido en oficio.

Como lo reconoce el propio Miró Quesada, tanto por teoría como por experiencia de vida, si una persona se dedica a la filosofía con seriedad, “es inevitable que trate de pensar por sí misma los problemas y que, en la medida de sus posibilidades, trate de hallar soluciones o caminos de exploración. Dedicarse a la filosofía para no enseñar sino lo que han pensado los otros y no uno mismo, no vale la pena”.

Quien posee una actitud filosófica es, básicamente, un cuestionador. Por ello, Miró Quesada no solo es un pensador por cuenta propia sino es un intelectual que suele repensar, con sentido crítico y en profundidad, los sistemas, las ideas, los planteamientos, las tesis y las teorías componentes de nuestra cultura secular.

Su vasta y notable obra confirma este aserto, pues Miró Quesada es un espíritu creador, un pionero en varios aspectos del saber. Nos consta que ha sido el primero

en ocuparse en el Perú de la lógica moderna. La propia obra que en este acto se presenta es una prueba confirmatoria de ello.

Es opinión generalizada que Francisco Miró Quesada Cantuarias es el filósofo más importante que nos ha dado el Perú contemporáneo y uno de los más destacados a nivel internacional. Su producción en este campo, además de ser importante y pionera en algunos aspectos, es ingente. Refiriéndose a él Felipe Alarco expresó que es “considerado con justeza como el pensador más completo y enterado del Perú, y el de mayor prestigio en el ámbito internacional”.

Nuestro filósofo expresa que en el curso de su evolución juvenil lo que le interesaba, y le sigue interesando hasta nuestros días, es el problema del hombre, su realidad y su misterio. Este misterio que envuelve al ser humano nos hace recordar a Jaspers cuando, en su libro *La fe filosófica*, sostiene que la compleja estructura existencial del hombre hace que sea más de lo que sabe él. O, como lo manifiesta Mounier en *El personalismo*, “mil fotografías combinadas no conforman un hombre que camina, que piensa y que quiere”.

¿De dónde venimos, quiénes somos, a dónde vamos, qué debemos hacer cuando nuestros intereses entran en conflicto con los de un semejante? Son las cardinales preguntas de un filósofo. Por ello, la prioritaria preocupación de Miró Quesada fue el problema del conocimiento y éste nos remite a la ontología. Sus vivencias coinciden con la de quien es un filósofo por



naturaleza o, si se prefiere, por vocación. Se advierte en esta primera etapa de su quehacer intelectual la influencia de Kant y de Husserl.

Quienes lo leen y lo escuchan, como en mi caso, lo consideran un humanista, un filósofo primordialmente preocupado por aproximarse lo más posible al conocimiento de la naturaleza del ser humano, de su quehacer y su destino.

El rigor científico ha estado siempre presente en sus investigaciones y en sus estudios en diversos campos del saber. Por ello, se ha sentido muy a gusto en los de la lógica, la epistemología, las matemáticas y el derecho.

Su centro de interés filosófico ha sido el de elaborar una teoría de la razón, como se demuestra con los libros que comentamos en esta jornada de fiesta intelectual. Para Miró Quesada, “la racionalidad es el fundamento último de la filosofía y de la ciencia”. La razón humana, nos dice, “se nos revela, así, como el factor principal de humanización. Humanización a través del saber porque hace posible conocer el mundo de manera que este conocimiento (...) permita utilizar la naturaleza y las propias leyes sociales en provecho del hombre...”. Reconoce que es difícil alcanzar estas metas, en principio, “pero son solo ellas las que confieren sentido a la historia del hombre moderno. Y aunque tal vez sean incansables es, en principio, posible acercarse a ellas cada vez más, así como la serie se acerca al límite. Por eso, rescatando la racionalidad de la filosofía, se rescata el sentido de la historia como lucha indoblegable por humanizar el mundo”.

La obra que presentamos complacidos esta noche representa la coronación de sus amplios estudios de la teoría de la razón que, con admirable constancia, se iniciaron en la segunda mitad de la década de los años sesenta del siglo pasado. Como sostiene David Sobrevilla, en expresión que compartimos, la obra “cumple con coraje y brillantez la ímproba tarea que se ha impuesto de reivindicar los fueros de la razón en una época dominada por el escepticismo, la tolerancia y el fanatismo, buscando refundar el orden racional en medio del sombrío y confuso panorama del mundo actual”.

Pero, además de filósofo teórico, Miró Quesada es autor de creativos y sugerentes libros, profesor universitario del más alto nivel, así como también es un filósofo práctico cuando incursiona en el derecho, en las matemáticas, en la ética y en la política. A ello se agrega el haber sido, desde siempre, un periodista. Por

todo ello, cierto filósofo amigo se ha referido a él como el último de los renacentistas.

Miró Quesada es un pensador auténtico, honesto como pocos, humilde como corresponde a quien actúa como un científico cabal. Ello denota, además, su fina calidad humana, su actitud de apertura ante las ideas ajenas. Como pensador, es un alerta cazador de ideas, siempre dispuesto a rectificarse, a superarse, a perfeccionar su visión del mundo. No es por ello ni dogmático ni soberbio como tantos inseguros y falsos pensadores. No se apega, de manera permanente e inflexible a sus ideas. Es por eso que está siempre dispuesto a encontrar matices y enfoques nuevos en su propio pensamiento. Su perceptible afán es el de acercarse lo más posible a la perfección, sabio mandamiento que surge del evangelio.

Quienes conocen su obra aprecian la calidad de su pensamiento y la constante y juvenil renovación de sus propuestas, a través del tiempo, en todo aquello que fuere preciso a fin de que siempre prevalezca la verdad. Así, por ejemplo, después de haber sostenido por los años cincuenta el principio del paralelismo normativo-proposicional —que comenté en mi libro de 1962 *La noción jurídica de persona*— anuncia, en la segunda mitad de la década de los ochenta, lo que Sobrevilla ha descrito como “un cauteloso cambio de posición” en esta materia.

Miró Quesada no es solo un filósofo teórico y un filósofo práctico sino que, debido a su inquietud y a su sensibilidad social, se convierte en el ideólogo de un partido político, hecho que consideramos como insólito y excepcional en nuestro medio. Esta inquietud y un sentido de solidaridad motivan y explican su incursión en los predios de la política, para servir y no para servirse de ella, desempeñándose como Ministro de Educación de un gobierno constitucional, democrático y transparente.

Conozco a Miró Quesada, aunque parezca sorprendente, desde el lejano año de 1938. Es decir, hace nada menos que setenta y cinco años. En aquel momento yo tenía 11 años de edad. Cursaba el quinto año de primaria cuando asistí, por primera vez en mi vida, a la clausura de un año escolar en el colegio italiano Antonio Raimondi, el mejor plantel por aquella época.

“Paco”, como cariñosamente le llamamos quienes tenemos el privilegio de ser sus amigos, que egresaba del quinto año de secundaria, tuvo a su cargo, en aquel año, el habitual discurso de despedida a



nombre de su promoción. Con asombro, por la persistencia de conservarlo en mi memoria, recuerdo, envuelto en la bruma, el aspecto resaltante de su discurso consistente en una entretenida y chispeante descripción del perfil psicológico, de las aficiones y de las anécdotas, muchas de ellas jocosas, de cada uno de los compañeros.

Fue, sin duda, un discurso tan creativo, tan fuera de lo rutinario, que me causó un impacto que no disipa el tiempo transcurrido.

Años después de aquel extraño episodio escolar lo reencontré, en la década de los años cuarenta del siglo pasado, en la Facultad de Derecho de la Universidad de San Marcos. Lo identifiqué rápidamente como aquel alumno que conocí en un singular episodio de nuestra etapa escolar.

Pronto, Miró Quesada se convertiría en un interlocutor privilegiado en temas relacionados con la filosofía en general y con la filosofía del derecho en particular. A él le debo haber ampliado mi visión de la Lógica Jurídica, que me fuera enseñada por Mariano Ibérico, al introducirme en los lineamientos básicos y genéricos tanto de su propio pensamiento como en el de Ulrich Klug y Georg H. von Wright, entre otros lógicos contemporáneos.

Como apetente estudiante de humanidades, solía no perderme ninguna de las públicas intervenciones de “Paco”. Por ello asistí, en 1951, a la exposición de la ponencia que presentara en los famosos Congresos Internacionales de Filosofía y de Derecho celebrados en Lima con ocasión del cuarto centenario de la fundación de San Marcos, al que concurrieron prestigiosos filósofos. En el primero de ellos, recuerdo, envuelto en la niebla del tiempo, la presencia del filósofo galo Gabriel Marcel, así como las de Carnelutti, Cossio y García Maynez. El tema expuesto por Miró Quesada versó, en aquella oportunidad, sobre la lógica del deber ser.

Por aquel tiempo, había comprendido la lectura de su obra *Principios fundamentales de la Lógica Jurídica*, a la que me referí en el libro de mi autoría, antes citado, titulado *La noción jurídica de persona*, editado en 1962 por la Universidad de San Marcos.

Recuerdo aún, con la frescura que el tiempo no ha logrado destruir, el haber conversado extensamente con

Miró Quesada, en diversas ocasiones, especialmente sobre uno de los temas en los cuales se centraba mi interés de estudiante, como es el referido a la naturaleza de la norma jurídica. Miró Quesada, contrariamente a lo sostenido por Cossio y por García Maynez, consideraba que la norma jurídica no era una proposición sino una prescripción.

El polémico tema me preocupó por años, hasta el momento en que encontré –siguiendo la pauta de Miró Quesada de pensar por uno mismo– una solución que me satisfizo. Ella se sintetiza en que, si bien es cierto, la norma es fundamentalmente una prescripción, también lo es, en menor medida, el que en toda prescripción subyace una proposición.

Le debo a Miró Quesada el haber despertado en mí un mayor interés por la ontología, sobre todo por la sartriana y por la de Zubiri. En 1951, tuve oportunidad de leer su libro de ensayos sobre ontología, publicado por la Sociedad Peruana de Filosofía. Las páginas que le dedica al pensamiento de Zubiri me cautivaron a tal punto que revisé, con mayor acuciosidad, las páginas de su libro *Naturaleza, Historia, Dios*, que ya había leído en 1948 y citado en mi tesis de bachiller en Derecho de 1950. En aquel entonces se convirtió en una de mis obras favoritas, que me acompaña en un lugar especial de mi biblioteca.

Entre los recuerdos que más me impactaron, entre todos lo que se alojan en mi memoria, está el de aquella luminosa conferencia que pronunciaría sobre algunos aspectos de la obra filosófica de Sartre, en la década de los años cincuenta, en el Instituto Riva Agüero. Entre lo que más me impresionó, o tal vez entre lo que se resiste a escapar de mi memoria, fueron sus comentarios sobre lo que para el filósofo galo constituye lo que designa como “la mirada”. Es decir, el ser que nos imponen los demás y que no siempre coincide con el que realmente somos. Este enfoque me motivó a reflexionar sobre el tema, y sin saberlo me serviría décadas después para la fundamentación de mi libro sobre el *Derecho a la identidad personal*, editado en Buenos Aires en 1992.

Sobre política hemos dialogado en algunas oportunidades. Nuestra versátil conversación la realizábamos, a menudo, en unas extensas caminatas que solíamos hacer en la playa de Villa. En ellas, escuchaba sus opiniones sobre el humanismo, sobre el socialismo, sobre la democracia





y las confrontaba con las que poseía y que eran casi similares. Su sesudo y denso libro *Humanismo y revolución* motivó una muy cuidadosa reflexión de mi parte.

Alguna vez nuestro autor ha escrito lo que adquiere el significado de un manifiesto socioeconómico, al que nadie podría o debería oponerse, cuando sostiene “que la justicia social y la plenitud humana solo se pueden lograr en una sociedad que sea la suficientemente igualitaria para que en ella sean imposibles la explotación económica y la opresión política”.

Nuestro filósofo es un ser humano que posee entusiasmo. Ello se pone elocuentemente en evidencia a través de todo lo que hace y de todo lo que dice. En cualquier tarea que emprenda se vuelca, comprometido, todo su ser. Como sabemos, la expresión “entusiasmo” proviene del griego y su significado es el de estar inspirado por los dioses. Es, por esta razón, un amante y un alegre gozador de la vida y de todo lo bello que ella nos ofrece.

Miró Quesada posee una personalidad transparente. Interesado por las causas nobles de un defensor de los derechos humanos. Es generoso como maestro por excelencia. Idealista, en el buen sentido del concepto, pero sin alejarse de la realidad. Pensador profundo, crítico, sensible, fino. Mucho más podríamos decir de él quienes creemos conocerlo y sabemos aquilatar sus virtudes.

Como todo humanista, es un demócrata a carta cabal, que sufre y se revela contra la injusticia, la arbitrariedad y la ofensiva desigualdad donde ellas estén presentes. Por ello, resulta ser uno de los fundadores e inspiradores de la Asociación Civil Transparencia, que se preocupa por la defensa de la democracia, así como de la limpieza electoral.

Referirnos a su vasta producción intelectual nos llevaría mucho tiempo. Toda ella es del mayor nivel en el campo de la lógica, la filosofía, la filosofía del derecho, de las matemáticas y de la política. Ella deja una huella señera, difícil de ahondarse en el futuro. Su presencia en el panorama filosófico peruano marca toda época. Así lo valoran sus críticos y sus discípulos.

Ha merecido el reconocimiento de la comunidad nacional e internacional por su vida límpida, entregada a la cultura y a la enseñanza, por su innovadora, valiosa e ingente obra intelectual, por su notable aporte en diversos campos del saber, por haber contribuido a la difusión de principios y valores mediante la cátedra y el periodismo. Así como reseñar su obra es imposible por su volumen, lo es también el mencionar los numerosos y más que merecidos homenajes recibidos en el curso de su fructífera vida.

Miró Quesada ha prestigiado al Perú como presidente de la Federación Internacional de Sociedades de Filosofía. Lo ha hecho también como delegado del Perú ante la Unesco, como embajador adjunto de la Misión ante Naciones Unidas, como embajador en Francia y como ministro de Educación. Ha recibido varios premios nacionales e internacionales, entre ellos: dos veces el Premio Nacional de Cultura. Asimismo, es miembro fundador de la Sociedad Peruana de Filosofía, de la Academia Peruana de la Lengua y de la Academia Peruana de Derecho.

Podría escribirse más sobre la vida y obra de Francisco Miró Quesada, pero el tiempo y el espacio, implacables, nos lo impiden.

Deseo concluir este nuevo reconocimiento de lo valioso que representa su obra, que es simultáneamente un homenaje a su talento, reiterando lo que alguna vez manifesté en un acto de presentación de alguna de sus múltiples obras.

Expresé en aquella ocasión que, según las inspiradoras bienaventuranzas evangélicas, estoy convencido de que por ser Miró Quesada un ser humano limpio de corazón, carente de odios o rencores, verá a Dios y, tal vez, en aquel instante supremo descifrará el misterio del hombre y el del Universo, los que constituyeron las más importantes interrogantes a las que, en búsqueda de una racional solución, dedicó los momentos decisivos de su ejemplar vida de hombre y maestro.

